



ASOCIACIÓN ARGENTINA DE ESPECIALISTAS EN ESTUDIOS DEL TRABAJO

**CONGRESO NACIONAL DE ESTUDIOS DEL TRABAJO**

**LOS TRABAJADORES Y LAS TRABAJADORAS EN EL ESCENARIO ACTUAL.**

**Condiciones estructurales y alternativas frente a la crisis**

BUENOS AIRES, 7, 8 Y 9 DE AGOSTO DE 2019

## **Grupo Temático N° 19: Migración y trabajo**

**Coordinadores: Jerónimo Montero Bressán, Sergio Caggiano y Cristina Etchegorry**

---

### **Género, migración y trabajo en la agricultura familiar: Trayectorias laborales y migratorias de horticultoras bolivianas en el cinturón hortícola del gran La Plata, 2018**

**Autor/a: María Eugenia Ambort**

**E-mail: maruambort@gmail.com**

**Pertenencia institucional: CIMECS-IdIHCS, UNLP-CONICET<sup>1</sup>**

#### **Introducción**

En esta ponencia abordamos la articulación entre género, migración y trabajo en la agricultura familiar; particularmente el caso de la horticultura en Argentina, un nicho laboral históricamente segmentado por etnia y nacionalidad, hegemonizado actualmente por familias bolivianas de origen campesino. El proceso migratorio hacia Argentina en busca de mejores condiciones laborales, puede ser comprendido en el marco de un proceso de movilidad social, en el cual además se establecen relaciones transnacionales, ya que se tejen redes que mantienen en comunicación a las sociedades de origen y destino. En ese marco, nos preguntamos por el lugar que ocupan las mujeres en dicho proceso migratorio y por sus experiencias como trabajadoras rurales migrantes.

En las quintas hortícolas del gran La Plata (donde tuvo lugar el trabajo de campo de la investigación), y al igual que en otros ámbitos de la agricultura familiar, las mujeres experimentan una doble jornada laboral, llegando a ocuparse entre 16 y 18 horas diarias sin descanso semanal. Además de trabajar en el campo a la par de los hombres, las mujeres son las responsables del cuidado de niños y personas mayores y de realizar las tareas domésticas cotidianas (Biaggi, Canevari, & Tasso, 2007). Este trabajo, no reconocido como tal y sin remuneración, es el que permite la reproducción de la vida de las familias horticultoras y la producción de alimentos frescos que abastecen a una gran parte del mercado interno argentino (Ambort, 2019). Esto contrasta con las responsabilidades de los varones, quienes también cumplen largas jornadas de trabajo, ocupándose de las tareas productivas que conllevan mayor fuerza,

---

<sup>1</sup> El contenido de esta ponencia se basa en la tesis de Maestría en Estudios Sociales Agrarios de FLACSO, culminada en Buenos Aires en 2019. Parte de este trabajo fue realizado en el contexto de la Red INCASI, coordinada por el Dr. Pedro López-Roldán, un proyecto europeo que recibió fondos del programa de investigación e innovación European Union's Horizon 2020, bajo el Marie Skłodowska-Curie GA N° 691004. El artículo refleja el punto de vista de la autora y la agencia no es responsable por ningún uso que pudiera hacerse de la información que contiene.



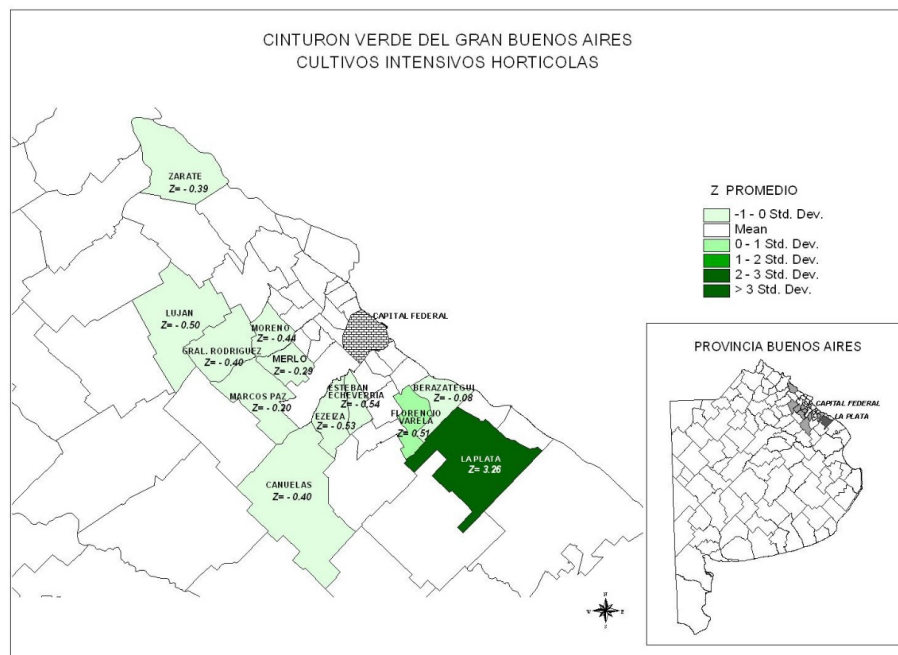
conocimiento técnico o peligrosidad (como manejo de tractores o aplicación de agroquímicos), pero cuentan con tiempos destinados al descanso y a sí mismos, como jugar al fútbol los fines de semana.

Esta disparidad, que responde a los estereotipos patriarcales de mujer-cuidadora y de varón-proveedor, nos llevó a preguntarnos por las formas en que se configuran, reproducen y transforman dichos roles a lo largo del tiempo. Entendiendo que las formas patriarcales de dominación forman parte de sentidos comunes transmitidos de generación en generación es que adoptamos una mirada longitudinal que nos permita comprender cómo se van construyendo los roles asignados a (y ocupados por) las mujeres en este sector de la agricultura familiar.

En función de estas preguntas de investigación, la ponencia se estructura de la siguiente manera: En el primer apartado exponemos los principales marcos conceptuales desde los que interpretamos la importancia de la comunidad boliviana en la horticultura platense, los procesos migratorios desde Bolivia hacia Argentina y las desigualdades de género en dichos ámbitos. En el segundo apartado presentamos algunas consideraciones metodológicas respecto de la forma y el contexto en que se construyó la muestra y la evidencia empírica que dio lugar a la investigación, y explicamos la manera en que realizamos el análisis de los datos. A continuación, introducimos el análisis de las trayectorias laborales y migratorias de horticultoras bolivianas que viven y trabajan en el gran La Plata, en el cual abordamos los procesos de construcción de roles de género en distintos puntos de las trayectorias, como ser la infancia en el seno de la familia campesina en Bolivia, el proceso de migración del campo a la ciudad para emplearse en el servicio doméstico, y la migración de Bolivia a la Argentina para trabajar en la horticultura. A modo de cierre presentamos las principales conclusiones y reflexionamos sobre los aportes de este trabajo para el campo de los estudios de género y migraciones en la agricultura familiar.

### **1. Actividad hortícola, migración transnacional y relaciones de género en la agricultura**

El trabajo de campo de la investigación se realizó en el cinturón hortícola platense (CHP), ubicado al sur del área metropolitana de Buenos Aires. El CHP se configura como uno de los territorios productivos más importantes del país, por la densidad de establecimientos hortícolas que allí se encuentran, por su nivel de productividad y por ser el que abastece de alimentos frescos a la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores, donde viven más de 15 millones de personas (1/3 de la población total).



Fuente: Rivas, Gabriel Atilio (2005, p.6)

La Plata es el partido con mayor volumen de producción hortícola intensiva del Área Metropolitana de Buenos Aires (como se puede observar en la figura 1, según la intensidad del color verde), con más de 6.000 hectáreas en actividad y alrededor de 3.000 establecimientos productivos (Andrada, 2018; Miranda, 2017) que abastecen diariamente los mercados concentradores del gran Buenos Aires. Además, destaca por ser una actividad muy demandante de fuerza de trabajo, empleando, en promedio, 1,5 personas por hectárea a campo y hasta 4 bajo invernaderos<sup>2</sup>.

En La Plata (al igual que en otros cinturones verdes del país), la horticultura es un nicho laboral ocupado principalmente por migrantes de origen boliviano. A diferencia de otros lugares del mundo donde la tendencia es hacia la concentración de las unidades productivas en grandes empresas con trabajadores/as asalariados/as (Da Silva, Gómez, & Castañeda, 2010), allí predominan las unidades familiares de pequeña escala, en la cual muchos/as migrantes han conseguido, después de un tiempo de permanencia en la actividad, desarrollar emprendimientos productivos propios a través del arrendamiento o compra de las tierras. Paradójicamente, este ascenso social que les convierte en pequeños/as productores/as (con aporte de la propia fuerza de trabajo y la de su familia), no revierte las

<sup>2</sup> Esto contrasta con la agricultura extensiva, donde el promedio es 1 persona cada 100 hectáreas (Fortunato, 2015, p. 5). Según estimaciones del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), la horticultura platense genera anualmente alrededor de 18.200 puestos de trabajo directo e indirecto (Fortunato, 2015 en base a INTA, 2011).



condiciones de explotación, precariedad e informalidad que caracterizan a este mercado laboral, manteniendo a muchas familias en situación de pobreza y marginalidad (Fernández, 2018).

El nivel de desarrollo de la horticultura como actividad económica contrasta con las pésimas condiciones de vida y de trabajo en que se encuentran las familias que trabajan la tierra y el nivel de informalidad que caracteriza al sector en su conjunto (García, 2015). En ese marco, la comunidad boliviana, que ha llegado a la región para emplearse en la horticultura desde los años '80, se ha ido consolidando como un actor hegemónico, logrando acceder a la tierra a través del arrendamiento de las parcelas productivas (García & Lemmi, 2011). La mayoría proviene de áreas rurales de Bolivia, donde trabajaban en una agricultura de subsistencia, y uno de los principales motivos de la migración tiene que ver con la falta de trabajo, los bajos salarios y la escasez de tierras para producir.

Al analizar los procesos migratorios desde Bolivia hacia Argentina (que representa el principal destino de la emigración boliviana<sup>3</sup>), varios autores/as señalan que no se trata de un hecho aislado, sino que el pueblo boliviano presenta una larga tradición migrante, interna e internacional (Cassanello, 2014; Hinojosa G., Pérez C., & Cortez F., 2000). Estos flujos migratorios se relacionan tanto con las presiones socio-económicas consecuencia de la dominación colonial, como también desde los años '70 de las políticas neoliberales y su impacto en el empleo y el aumento de la pobreza<sup>4</sup>. En ese sentido, Cassanello (2014) menciona que se puede hablar de una “cultura migratoria”, basada en una “naturalización de la opción de migrar como opción de vida” donde se entrelazan la decisión individual, familiar y colectiva (p.90) y afirma que la migración se convierte en “una forma de vida”, asimilada y avalada a través de generaciones como una estrategia válida de supervivencia y de mejora de las condiciones de vida del grupo familiar.

En Argentina, por otra parte, la migración limítrofe se ha desarrollado histórica y simbólicamente a partir de una clasificación que atribuye una inferioridad racial y cultural a los pueblos originarios, y que funciona como una discriminación negativa segmentando los mercados de trabajo y asignándole a estos grupos los nichos laborales más desfavorables (Ataide, 2015, p. 48). Frente a esta segmentación étnica del mercado laboral, y por la importancia que han tenido las redes desplegadas por la comunidad boliviana en Argentina para el desarrollo de procesos de acumulación en la producción

---

<sup>3</sup> Según el censo de población de Bolivia del año 2012, el 38,2% de las migraciones de ese país tienen como destino la Argentina. Si segmentamos ese flujo migratorio entre la población rural, el porcentaje aumenta al 53,6% (INE, 2015).

<sup>4</sup> Las políticas neoliberales de privatización, extranjerización, flexibilización y precarización laboral implementadas por sucesivos gobiernos desde los años '70, tuvieron uno de sus mayores epicentros de conflictividad en las llamadas guerras del agua y del gas, a comienzos de los años 2000. En 2005, previo a la llegada de Evo Morales como presidente, la pobreza extrema (o indigencia) alcanzaba en Bolivia al 38,2% de su población. (Ministerio de Economía y Finanzas Públicas, 2016).



ASOCIACIÓN ARGENTINA DE ESPECIALISTAS EN ESTUDIOS DEL TRABAJO

**CONGRESO NACIONAL DE ESTUDIOS DEL TRABAJO**

**LOS TRABAJADORES Y LAS TRABAJADORAS EN EL ESCENARIO ACTUAL.**

**Condiciones estructurales y alternativas frente a la crisis**

Buenos Aires, 7, 8 y 9 de Agosto de 2019

hortícola alrededor de distintos centros urbanos del país, Benencia (2005) sostiene que se trata de una migración transnacional.

La migración transnacional forma parte de las condiciones de desarrollo del capitalismo global, desplazando contingentes de trabajadores y trabajadoras en busca de mejores condiciones laborales, quienes ocupan en las localidades de destino puestos de trabajo no cubiertos por los/as autóctonos/as, pero que mantienen un contacto fluido y persistente tanto con su país de origen como con su comunidad originaria en el país de destino (Glick Schiller, Basch, & Blanc-Szanton, 1992). Las precarias condiciones laborales y consecuente vulnerabilidad explican, en parte, el despliegue de estrategias que combinan factores identitarios, económicos, sociales y culturales para conectar las sociedades de origen y de destino de manera transnacional. La particularidad de la migración transnacional es que, mediante la consolidación de redes de migrantes que se dan a partir de actividades informales, no planificadas institucionalmente, pero sostenidas en el tiempo y que requieren una coordinación de un lado y otro de las fronteras nacionales, se constituyen espacios sociales que van delineando características propias y que trascienden la diferenciación entre comunidad de origen y destino (Portes, 2001). La migración como un factor de cambio en las trayectorias puede generar nuevas oportunidades de vida, procesos de movilidad social y de empoderamiento, aunque esto no es una consecuencia lineal ni necesaria, y como observa Magliano (2007) para las mujeres migrantes bolivianas, no necesariamente transforma las relaciones de género y los esquemas culturales propios de la comunidad de origen.

Los procesos de movilidad social de la comunidad boliviana en la horticultura han sido ampliamente estudiados (Benencia & Quaranta, 2006; García, 2011), sin embargo llama la atención que en los análisis el lugar de la mujer y su rol en la economía familiar aparece generalmente como el de ayudante o colaboradora, o simplemente invisibilizado tras la idea de estrategias familiares, pero cuyo referente empírico es, en definitiva, el productor jefe de familia. El hecho de que la unidad productiva y el hogar se ubiquen en el mismo lugar y de que todo el grupo familiar aporte para realizar la producción, lleva a que las tareas realizadas por las mujeres (y también por los y las jóvenes) queden desdibujadas, ya que su trabajo no es contabilizado ni remunerado, sino que aporta a la economía familiar, manejada en la mayoría de los casos por los hombres. Del mismo modo, la continuidad entre el trabajo en la producción y los trabajos domésticos y de cuidados que realizan las mujeres (con exclusividad, por el hecho de ser madres y esposas), supone una jornada laboral sin descansos.

A pesar de ser un tema poco trabajado desde la sociología rural y de las migraciones, existen algunos estudios que ya han incorporado una perspectiva de género al analizar distintos territorios del país



(Bocero & Di Bona, 2013; Insaurrealde & Lemmi, 2018). Estas autoras presentan una mirada ampliada de la noción de trabajo, incluyendo tanto los trabajos productivos como reproductivos, y entendiendo las formas de organización del trabajo familiar como estructuradas por relaciones de género. Así, aportan a poner de manifiesto la desigual distribución del trabajo entre varones y mujeres, dada la asignación de los trabajos productivos en la quinta<sup>5</sup> como responsabilidad primordial de los varones, frente a la responsabilización exclusiva de los trabajos domésticos y reproductivos a las mujeres, aún cuando ellas participan también del trabajo de la tierra (Insaurrealde & Lemmi, 2018). Por otro lado, vienen abordando las formas que asume la desigualdad social en los procesos migratorios de la comunidad boliviana hacia Argentina, considerando la intersección entre identidades migrantes, origen étnico, desigualdad de género, y pertenencia de clase (Ataide, 2019; Ciarallo & Trpin, 2015; Magliano, 2007, 2009; Mallimaci, 2012; Trpin & Brouchoud, 2014). Todas coinciden en la importancia de considerar al género como un factor determinante y estructurante de las migraciones, y como una forma de deconstruir la mirada homogeneizante de los estudios migratorios, que reproducía un orden social masculino centrado en la experiencia laboral/productiva (Trpin & Brouchoud, 2014, p. 114).

Teniendo en cuenta estos antecedentes que señalan desigualdades de género persistentes, y sosteniendo que las formas de dominación patriarcal se basan en sentidos comunes transmitidos de generación en generación, a través de valores y prácticas inculcadas mediante la división sexual del trabajo y la diferenciación por género desde la primera infancia, en este trabajo nos proponemos describir y analizar las formas en que se han ido construyendo roles y estereotipos de género que naturalizan la feminización de los trabajos domésticos y de cuidado -y a la mujer como madre y esposa-, a lo largo de las trayectorias laborales y migratorias de mujeres bolivianas que viven y trabajan en el CHP. Entendemos que esta mirada longitudinal y desde el punto de vista de las sujetas aporta un enfoque novedoso a los estudios de género y de las migraciones en el ámbito rural.

## **2. El análisis de trayectorias como abordaje de las tramas de la desigualdad**

Comprendiendo a la desigualdad como un fenómeno complejo, multidimensional y variable (Reygadas, 2004) definimos realizar un estudio longitudinal, que nos permitiera ir identificando las transformaciones (y continuidades) de los roles de género a lo largo de la trayectoria vital de las mujeres. La técnica metodológica específica empleada es la entrevista biográfica, en la cual el sujeto es revalorizado en tanto objeto de la investigación, poniendo en el centro del análisis su historia

---

<sup>5</sup> Así es como se denomina coloquialmente a las parcelas productivas en la horticultura.



de vida y sus interpretaciones respecto de esas vivencias y del contexto histórico en el cual tuvieron lugar.

El análisis biográfico incluye la sucesión de eventos vitales y situaciones experimentadas por los actores sociales, que van delineando un “recorrido” y configurando el entrecruzamiento de diferentes esferas de la vida a lo largo del tiempo (Bertaux, 1981). Esta perspectiva adopta de manera privilegiada el análisis de procesos de cambio social, puesto que se propone comprender las secuencias de acontecimientos que se suceden a lo largo de la historia de vida de las personas, prestando especial atención a la temporalidad y a las transformaciones a lo largo del tiempo y en su contexto histórico (Muñiz Terra, 2012).

El trabajo de campo se realizó en el seno de una organización gremial, MTE-CTEP<sup>6</sup>, que en su rama rural nuclea a familias campesinas y de pequeños productores y productoras rurales en 18 provincias argentinas, y que posee uno de sus núcleos más fuertes en la región del gran La Plata. Allí participan unos 3000 horticultores y horticultoras, con el objetivo de mejorar su calidad de vida, comercializar su producción, promover la agroecología y lograr el acceso a la propiedad de la tierra.

Las entrevistadas fueron seleccionadas siguiendo los criterios de que fueran productoras hortícolas en la región y participaran de las Rondas de mujeres (un espacio del MTE, impulsado por militantes feministas, destinado a generar momentos de encuentro, ocio y empoderamiento para las productoras), ya que esa fue la puerta de entrada para establecer el vínculo con ellas. También por su voluntad para formar parte de la investigación y para contar la historia de su vida. La cantidad de entrevistas y observaciones se definió en función del criterio de saturación, hasta que el trabajo de campo no produjera nuevas informaciones relevantes sobre nuestro objeto de estudio (Vasilachis de Giardino, 1992), alcanzando un total de 10 entrevistadas, que fueron contactadas al menos en dos oportunidades cada una.

La técnica de las historias de vida dio lugar a reconstruir junto a las productoras sus trayectorias migratorias y laborales, con un énfasis orientado hacia el rol ocupado por las mujeres de su familia (y por ellas mismas) en los ámbitos laborales-productivos (asociados al trabajo remunerado) y domésticos-reproductivos (asociados a las tareas de cuidado).

### **3. Trayectorias laborales y migratorias de las horticultoras bolivianas**

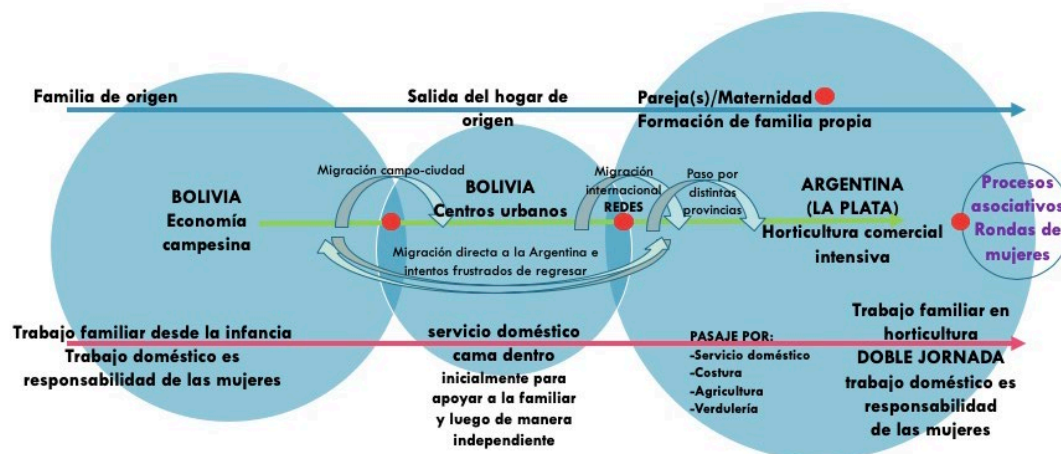
Para el análisis de las entrevistas nos basamos en la construcción de “biogramas” -representaciones gráficas de las distintas trayectorias (laboral, familiar, migratoria)- que fueron revisados conjuntamente

---

<sup>6</sup> El Movimiento de Trabajadores Excluidos forma parte de la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular.

con las entrevistadas. Nos encontramos con que más allá de las diferencias de origen, edad, trayectoria laboral y migratoria o composición familiar, todas sus historias de vida se asemejan a un patrón común donde identificamos distintos puntos de inflexión, y que puede graficarse de la siguiente manera:

Figura N°2: Análisis de trayectorias familiar (azul), migratoria (verde) y laboral (rojo) de las entrevistadas



Fuente: elaboración propia en base al análisis de las entrevistas biográficas

Los puntos de inflexión (indicados con puntos rojos) que identificamos en las trayectorias son: la migración del campo a la ciudad en Bolivia, la migración de Bolivia hacia Argentina, la maternidad y la participación en las rondas de mujeres. En este trabajo realizamos un recorte en el cual abordamos particularmente los momentos que tienen que ver con la migración y con las inserciones laborales, sin profundizar en los aspectos relacionados con la maternidad, la conformación familiar y los procesos de organización a través de las rondas<sup>7</sup>. Así, en el subapartado 3.1 analizamos los roles de género en las estrategias de reproducción de la familia campesina, en el 3.2 abordamos las trayectorias laborales feminizadas a través de los primeros empleos en el servicio doméstico de las jóvenes campesinas, mientras en el 3.3 reflexionamos sobre el lugar de las mujeres en los procesos de migración internacional hacia Argentina. Para ejemplificar las distintas dimensiones del análisis empleamos fragmentos de las entrevistas realizadas, en los cuales las productoras explican con sus palabras los aspectos y sucesos de su vida que van conformando las trayectorias. Vale aclarar, sin embargo, que la generalización analítica que realizamos se nutre de varios otros testimonios, recogidos en encuentros formales e informales, y que no todo se desprende de esos fragmentos ilustrativos.

### 3.1. Roles de género en las estrategias de reproducción de la familia campesina

<sup>7</sup> Estos aspectos sí fueron analizados en la tesis que dio lugar a esta ponencia (Ambort, 2019).





Las familias campesinas en las que se criaron las productoras entrevistadas son numerosas, con entre 4 y 10 hijos/as cada una, y donde todos/as tenían una tarea asignada para colaborar con la economía familiar. En un contexto de extrema pobreza, el principal objetivo era garantizar la subsistencia a través de la producción de alimentos y del intercambio de lo producido en las ciudades por otras mercancías de primera necesidad. Se trataba entonces de una unidad doméstica de producción y de consumo y en la cual la principal estrategia era el empleo de la fuerza de trabajo de todos los miembros de la familia para la producción de alimentos, con muy baja integración con los mercados. B., productora oriunda de Tarija, menciona la asignación de tareas a todos los miembros de la familia, y las características de la producción de subsistencia:

*“Yo ayudaba a mi papá, trabajaba, iba a ayudarlo... Allá en Bolivia trabajábamos en cerros, teníamos yuntas de bueyes, echando semillas para que produzcan los alimentos para nosotros. Y con mi mamá... mi mamá a veces iba por detrás con la comida, nosotros íbamos a veces temprano, sin tomar desayuno”. (...)* *“Nosotros trabajábamos así en ronda, todos así. Íbamos al cerro a sembrar papá, maíz, trigo, esas cosas. Ya cuidar las ovejas, andar con las cabras, con todos esos animales”.*  
(B., entrevista personal, 2018)

En esta forma de organización familiar encontramos una clara división sexual del trabajo, dado que mientras los varones eran los principales responsables por la producción de cereales y legumbres, el cuidado de los animales o conseguir dinero a través del comercio, la responsabilidad de las mujeres se centraba en estar a cargo de los hijos e hijas y ocuparse de las tareas domésticas (o como menciona B. *“ir por detrás con la comida”*). En esta división del trabajo aparece una primera desigualdad al interior de las familias, en la que se reproducen los estereotipos de mujer-cuidadora y de hombre-proveedor, típicos de la ideología patriarcal. La responsabilidad por las tareas de cuidados y el trabajo doméstico no les quitaba a las mujeres, sin embargo, responsabilidad en la producción de alimentos, sino que estos se adicionaban, pero no ocurría a la inversa en relación a la responsabilidad de los varones por las tareas del hogar y de cuidados.

*“Trabajar en el campo sí, era más parejo, pero más o menos ponele... porque en la casa lo hacíamos mayormente las mujeres, porque los hombres... como ser, mis hermanos, no... Ellos iban a cuidar los animales, ponele, que a las mujeres no nos dejaban ir a hacer eso porque éramos mujeres. Pero cuando teníamos que hacer lo hacíamos igual.”*  
(S., entrevista personal, 2018)

El trabajo doméstico era muy sacrificado, e involucraba tareas pesadas como el acarreo de agua y leña, el lavado de la ropa en el río, la cocina a leña y la elaboración de prácticamente todos los alimentos a partir de lo producido (incluyendo harina, lácteos o encurtidos). Una particularidad que refuerza la naturalización de la división sexual del trabajo en el contexto campesino tiene que ver con la falta de información e inexistencia de métodos anticonceptivos y de educación sexual. Esto hacía que muchas



mujeres estuvieran embarazadas o en período de lactancia durante varios años seguidos, razón por la cual estaban destinadas a permanecer en el hogar, reforzando la feminización de los trabajos domésticos y el lugar de las mujeres como “naturalmente” cuidadoras, asociado al rol maternal. Como mencionaba una de las entrevistadas, que tiene 9 hermanos y hermanas:

*“No me acordaba cómo era mi mamá sin estar embarazada, pensaba que así era su cuerpo y sólo de grande fui a darme cuenta de que estaba esperando un bebé”*

(E., ronda de mujeres de Los Hornos, 2018).

El hecho de que el cuerpo y la sexualidad fueran un tema tabú, del cual no se hablaba en el hogar, hacía que las mujeres fueran propensas a “embarazarse”, sin siquiera comprender de qué se trataba, reforzando naturalmente su rol maternal.

*“-No se hablaban esas cosas. Mamá era... el tema ese era una mala palabra. Hablar de menstruación nunca se supo.*

*-¿Por qué piensan que era una mala palabra hablar del cuerpo, de la menstruación, de todo eso?*

*-En su momento yo lo pensaría en su momento de ellos, que ellos fueron criados así, y hoy por hoy está bueno hablar de eso más que todo para prevenir el embarazo. En ese tiempo no se hablaba y era como que estaba más expuesta a un embarazo. Porque yo me acuerdo, mi mamá siempre sabía decir: ‘el día que vos te embaraces’, y yo tenía 9, 10 años.”*

(E., entrevista personal, 2018)

Hombres y mujeres trabajaban a la par en las tareas del campo, aunque el trabajo de las mujeres era considerado como una ayuda del trabajo del marido; y en la medida en que los niños y niñas podían (a partir de los 6 o 7 años de edad) también se les asignaban tareas en la producción, como la recolección, la siembra o el cuidado de animales. No encontramos una distinción por género muy marcada en la asignación de las tareas productivas, sino que la mayor responsabilidad recaía sobre el hijo o hija mayor, quien acompañaba al padre a a trabajar al campo, ya fuera el sembradío propio o en los trabajos fuera por temporada. La figura del hermano o hermana mayor es muy importante en esta forma de organización familiar, puesto que en ellos/as recae la responsabilidad de trabajar para mantener a los hermanos y hermanas menores. Por esta razón, tuvieron menos oportunidades educativas (debieron salir antes de la escuela) que quienes por ser menores no tenían tantas responsabilidades familiares.

*“Y mi hermana mayor, no [no pudo estudiar]. Siempre estaba fuera de la casa. Vino aquí a Argentina, volvió, de vuelta ya ha ido a La Paz a emplearse. Como era mayor ella, siempre estaba ayudando a la familia. Siempre estaba trabajando.”*

(C., entrevista personal, 2018)

Identificamos una desigualdad de género respecto de las oportunidades educativas, dado que se priorizaba el estudio de los varones de la familia antes que el de las mujeres, esperando que éstos pudieran prosperar consiguiendo un mejor empleo en la ciudad, y así poder ayudar a sostener el hogar, reproduciendo el estereotipo del varón-proveedor. El trabajo infantil era una de las estrategias de



reproducción de la familia campesina, y la desescolarización temprana de los/as hijos/as una consecuencia de la necesidad de que todos los miembros del grupo familiar aportaran para garantizar la subsistencia. La necesidad de salir a trabajar se acentuaba en el caso de los hijos e hijas mayores, mientras que los/as menores en general asistieron más años a la escuela y tuvieron menos obligaciones laborales. Entre éstos/as últimos/as, los varones fueron más estimulados que las mujeres para continuar estudiando, en continuidad con una tendencia que ya venía de la generación anterior, en la cual en general los padres de las entrevistadas habían tenido acceso a algunos años de la educación formal o habían aprendido un oficio (constructor, partero, curandero, agricultor), mientras que las madres -por el hecho de ser mujeres- no habían sido enviadas a la escuela, y muchas eran analfabetas o directamente no sabían hablar el español (y manejaban lenguas originarias, como el quechua).

*“Mi mamá nunca estudió. Nunca le dieron la oportunidad de estudiar. Porque antes, los abuelos eran más de hacer estudiar a los hombres. Así me contaba mi mamá. Que no, porque las mujeres no son para estudiar, que son para cuidar chicos, para cuidar las ovejas, para cuidar los animales y todo eso. A mi papá sí.”*

(C., entrevista personal, 2018)

En continuidad con esa idea, existía un mandato muy fuerte en relación a que las mujeres aprendieran a realizar las tareas domésticas, para poder cumplir con su rol de esposas-cuidadoras cuando formaran su propio hogar.

*“Yo lo veo por ese lado. Eran como más machistas en ese tiempo. (...) Yo con mi hermano el mayor varias veces me he agarrado a las piñas. Porque era todo yo y él no quería hacer, y bueno, varias veces peleábamos por eso. Te mandaban a barrer, a cocinar, a lavar la ropa de tus hermanos. Cosa que yo decía ‘¿por qué no lo hace él, si él también es grande?’. Pero siempre te decían ‘vos sos mujer, vos tenés que aprender. El día de mañana te vas a juntar y no vas a saber lavar la ropa’, siempre te recalcaban eso.”*

(S., entrevista personal, 2018)

Muchas familias enviaban a algunos de sus hijos o hijas para vivir en casas de otras familias más pudientes (muchas veces de parientes o conocidos), quienes estaban a cargo de su manutención y educación a cambio de trabajo.

*“Somos de una familia de muy bajos recursos. Nosotros nos ponían a la escuela y cuando veníamos de la escuela teníamos que salir a trabajar. Y bueno, crecimos así. Los más grandes, ellos trabajaban en casas de familia. Por ahí venían a visitarnos un fin de semana.”*

(S., entrevista personal, junio 2018)

*“Yo no trabajaba para mí. Era todo para mantener a mamá. Porque me acuerdo que ellos venían a Tarija y decían... ellos te ponían a trabajar, ‘vas a trabajar acá en tal lugar’, ‘y donde se porte mal, culito’. ‘Culito’ decían que te hagan las patronas [haciendo referencia a que le podían pegar]*

(E., entrevista personal, agosto 2018. E. era la hermana mayor, y salió a trabajar a los 9 años)

Dependiendo de la familia que les recibiera, el trabajo podía ser en el campo (cuidando animales o cosechando), o en el hogar, cumpliendo tareas de servicio doméstico o de cuidado (si eran mujeres). El



pago era en especie (bolsas de alimento que eran entregadas a la familia de origen), o bien en metálico, pero por un valor menor que el salario convencional para dichas tareas, y también era entregado al padre o madre de la niña o niño.

### **3.2. Trayectorias laborales feminizadas: cuerpos entrenados y disponibles para el cuidado**

La mayoría de las entrevistadas, entre los 9 y los 15 años, migró del campo a la ciudad para emplearse en el servicio doméstico. Estaban motivadas por una necesidad económica, en la que se entremezclan la estrategia familiar de garantizar la subsistencia del grupo (a través de la proletarización de algunos de sus miembros); con la estrategia individual de estas jóvenes campesinas, que buscan alcanzar cierta independencia económica y acceso a bienes de consumo a los que no accedían en el campo.

*“A los doce años empecé a trabajar en Tarija, de empleada doméstica. Era limpiar, todo hacer la... menos cocinar, porque era muy chica y no llegaba a la cocina. Pero limpiar, todo eso, sí. En ese tiempo mi papá y mi mamá estaban trabajando en la Argentina, se vinieron mucho más antes. Y mi tía, la que nos crió, a veces no tenía y lo que mandaban de acá era para comer, y salíamos a trabajar y no había para comprar lo que te piden en el colegio, y por ahí por ese motivo me escapé. Quería ganar mi propio dinero y comprarme lo que yo quería. Antes venía del colegio, iba a trabajar y venían, le pagaban a mi tía, y con esa plata teníamos que comprar la comida para todos los demás.”*

(S., entrevista personal, junio 2018)

Las trayectorias laborales de las entrevistadas y de sus parientes varones (hermanos, primos, parejas) responden a un patrón típico en el cual, en las primeras inserciones fuera de la familia campesina los varones se emplean como vendedores ambulantes, transportistas o trabajadores de la construcción, mientras las mujeres realizan en su gran mayoría trabajos relacionados con la servidumbre (limpieza, cuidadoras, lavanderas, cocineras). Esto responde tanto a la feminización de los trabajos domésticos y de cuidados, como a los estereotipos que sitúan a los hombres en los espacios públicos y a las mujeres en los ámbitos privados. Una de las principales consecuencias en términos de la desigualdad de género de esta diferenciación entre trayectorias tiene que ver con las condiciones laborales y las posibilidades que estas opciones delimitadas por sexo ofrecen a varones y mujeres para desarrollarse. Si bien todos los trabajos a los que estos/as jóvenes campesinos/as tenían acceso en la ciudad (por su origen, nivel educativo, edad) eran informales y mal remunerados, encontramos una diferencia que aparenta ser significativa entre aquellos realizados por varones y por mujeres. A diferencia de los trabajos “de la esfera pública”, donde los trabajadores tienen autonomía y control sobre sus tiempos fuera del horario laboral, el servicio doméstico como adentro presenta una reminiscencia de las relaciones de servidumbre en la cual las trabajadoras deben estar disponibles las 24 horas todos los días de la semana (excepto el día que tienen libre), y experimentan un control casi total de su cotidianidad y su vida privada.



ASOCIACIÓN ARGENTINA DE ESPECIALISTAS EN ESTUDIOS DEL TRABAJO

CONGRESO NACIONAL DE ESTUDIOS DEL TRABAJO

**LOS TRABAJADORES Y LAS TRABAJADORAS EN EL ESCENARIO ACTUAL.**  
**Condiciones estructurales y alternativas frente a la crisis**

BUENOS AIRES, 7, 8 Y 9 DE AGOSTO DE 2019

*“Yo por lo menos le hacía el domingo, que tenía libre. Y te tenías que bañar con agua fría. (...) Los domingos tenés para arreglarte, para bañarte, para lavar tu ropa.”*

(E., entrevista personal, agosto 2018)

*“[el trabajo como empleada doméstica] Es raro, porque vas a una casa donde te ponen pruebas. Si sabés superarlas vas a seguir. No te dan la confianza así nomás. Ponele, yo en ese trabajo vi un montón de plata, vi joyas... Yo era chica, pero te ponés a pensar, ‘¿cómo se puede caer tanta plata en tal lugar?’ Sabía que yo levantaba, venía ella, decía ‘tal cosa encontré en tal lugar’, entregabas, y así ibas quedando.”*

(S., entrevista personal, junio 2018)

*“Cuando iba a trabajar a casas de familia, te enseñaban... no te enseñaban el respeto, te enseñaban: limpiá, lavá, cociná, o si tenías que levantar la caca de los perros, barrer, para eso se te paga. Estás ganando un sueldo. Era eso. No te enseñaban cosas, el respeto ya lo tenías ya... Ahí no te enseñaba nadie ya, ahí lo único que se veía era: te iban a la mañanita, te tocaban la puerta, te decían: a las 5 de la mañana hay que salir a barrer la calle, hay que baldear.*

*-Y ahí ya no las trataban más como niñas... [aunque tenía 12 años]*

*-Ya no. Eras empleada. Y no podías faltarles el respeto a los chicos, porque te decían: ‘vos no tenés por qué retarlos’. Ellos eran los patrones. Hasta los chicos eran tus patrones. ‘Hacé caso a lo que te diga él’. Ponele, había un chico que se le caía algo, él no le levantaba, lo tenías que levantar vos porque eras la empleada.”*

(S., entrevista personal, agosto 2018)

Esta forma de control sobre el cuerpo de las mujeres (y en muchos casos niñas) forma parte, en continuidad, de la transmisión de valores y creencias que asignan a la mujer un rol pasivo, frágil, sumiso, asociado a los cuidados y no tanto al trabajo productivo.

Los trabajos remunerados realizados por las mujeres campesinas en la ciudad en Bolivia están relacionados con el servicio doméstico y los cuidados, ya sea como niñeras, como empleadas domésticas o como cocineras. Y si bien existe una continuidad entre el entrenamiento como mujeres-cuidadoras en su hogar de origen (como vimos en el apartado anterior) y los empleos obtenidos con la migración a la ciudad, en realidad encontramos que este cambio de contexto implica el aprendizaje de un nuevo trabajo, ya que la forma de realizar las tareas domésticas en el campo (casas con piso de tierra, lavado de ropa en el río, cocina a leña) y en la ciudad (lustrar, limpiar adornos, lavar la vereda, cocinar a gas, levantar caca de perro) eran totalmente diferentes.

*“Te explicaban ‘así se hace’, y después vos tenías que hacer... a limpiar, cosa que en casa nosotros no pasamos un trapo a todo lo que tenemos ahí. Ellos pasan... viste que tienen el equipo, sus adornitos, pasan el trapo... el plumero a todo eso. Bueno, nosotros [en el campo] no tenemos nada de eso.”*

(S., entrevista personal, agosto 2018)

Podemos afirmar, una vez más, que esta correspondencia lineal entre ser mujer y trabajar como empleada doméstica tiene que ver con la feminización naturalizada de los trabajos de cuidados y la transmisión de una ideología que va delimitando la esfera de acción de las mujeres en el ámbito de la servidumbre, un trabajo que está social y culturalmente más desvalorizado que otros, y asociado a su vez a las figuras de buena madre y esposa.



La precariedad, informalidad y baja remuneración de los trabajos que conseguían las entrevistadas, habilitaba en simultáneo que la rotación entre empleos fuera muy alta, y que prácticamente no persistieran relaciones de sujeción entre las mujeres que entrevistamos y sus patronas/es. Esto les permitió desarrollar una habilidad valorada por todas, que tiene que ver tanto con el saber trabajar (y saber que se valen por sí mismas para sustentarse) como con la flexibilidad necesaria para aprender nuevos oficios y cambiar de empleo, de rubro, de ciudad o de país, si así lo veían necesario o si encontraban nuevas oportunidades.

*“Me tocaron algunas patronas malas, pero... también hay algunas malas y hay algunas que no te entienden. Pero también me sabía defender, no soy de quedarme calladita. (...) Qué sé yo, hay veces que el tiempo no te alcanza o no podés llegar a hacer las cosas en todo ese tiempo. Pero si vos sabés defenderte, sabés hablar (...) yo no me aguantaba, si me tratan un poquito mal, me hacías las maletitas, chau. No me importaba si me pagan no me pagan.”*

(N., entrevista personal, junio 2018)

Además, esta flexibilidad va acompañada de la capacidad para tender y utilizar redes sociales de parentesco, de paisanaje y de solidaridad en la búsqueda de mejores trabajos y oportunidades de vida. Las trayectorias laborales de las entrevistadas se desarrollaron siempre en la informalidad, y en este contexto el boca en boca, las recomendaciones de conocidos/as y las “ayudas” son la manera primordial de buscar y encontrar trabajo. Así, las entrevistadas forman parte de estas redes en las que buscan y también dan trabajo a otras personas cuyo origen social y experiencias de vida son similares. Una cuestión que nos interesa recalcar, y que aparece como una continuidad en los distintos trayectos de vida que analizamos, tiene que ver con que frente a esta flexibilidad -entendida como una capacidad para reconvertirse, aprender, cambiar el rumbo de la propia vida, adaptarse a nuevos contextos (en el marco de un mercado laboral que tiende a expulsarlas o a ofrecerles oportunidades de trabajo inestables y precarias)-, persiste una rigidez de lo que llamaremos como “inercia patriarcal”, que es una tendencia a reproducir los estereotipos de género y los roles socialmente asignados a varones y mujeres en la familia tradicional. No resulta esto un hallazgo en sí mismo novedoso, sino que tiene que ver con las formas en que el sistema económico y la organización social patriarcal se complementan manteniendo los privilegios masculinos en el hogar y en el mercado laboral. No obstante, en este caso resulta interesante pensar cómo frente a situaciones de pobreza y necesidad extremas estas mujeres (y hombres) han desplegado distintas estrategias individuales y colectivas que les permiten transformar esa economía de subsistencia, o salir de ella; y sin embargo ciertos comportamientos que generan control por parte de los hombres y dependencia por parte de las mujeres se perpetúan en el tiempo y los distintos contextos.



El período de trabajo en el servicio doméstico culmina, en general, para las mujeres entrevistadas, en el momento en que forman pareja y/o comienzan a pensar en conformar su familia propia. Algunas se juntaron muy jóvenes para iniciar con sus parejas el proyecto migratorio, mientras otras primero dejaron de trabajar como adentro para ir a vivir junto a sus maridos en Bolivia, y posteriormente decidieron entre los dos “ir a buscar mejor vida” a la Argentina.

*“Nos conocimos con amigas, amigos, presentándonos. (...) Él tenía su trabajo, solamente salíamos los fines de semana. Teníamos un día de paseo, y salíamos ahí a la pachanga. Estábamos de novios y solamente los fines de semana nos veíamos. Nada más. (...) Después nos juntamos, él trabajaba en construcción y yo seguía trabajando en casas de familia. Pero ya iba a la mañanita, volvía a la tarde. Así trabajamos un tiempo, y no nos ha ido bien. Era muy sacrificado. Allá no se gana tan bien. Nosotros como éramos una pareja queríamos ganar más platita, teníamos otros planes también... tener hijos, tener una plata para que nuestros hijos estén bien. Vas a buscar la vida. Por ese motivo nos vinimos aquí.”*  
(N., entrevista personal, junio 2018)

### **3.3. Migración a la Argentina: intersección del proyecto migratorio, laboral y familiar**

Muchas mujeres bolivianas migran hacia Argentina con sus parejas, y cuentan con redes que les permiten insertarse laboralmente. En algunos casos sus maridos ya han probado suerte antes, trabajando como peones, y después de un tiempo van a Bolivia de vacaciones (“para conseguir esposa”) y luego regresan para continuar trabajando ya en vistas de armar una familia, como es el caso de B. Su marido, también boliviano, ya había trabajado varios años como peón en La Plata, para un tío de él, antes de que se conocieran en Tarija:

*“-Mi marido vino más adelante, hace mucho ya que venía [a La Plata]. Después de vuelta a ir allá [a Tarija], ahí se conocimos y ahí sí venimos.  
-¿Y por qué tenías esa curiosidad de irte de tu país?  
-Porque allá no había trabajo mucho. Yo pensaba cuando se juntamos dije yo “tenemos que juntarnos, pero tenemos que tener trabajo seguro”. Allá no hay trabajo. Hay trabajo, pero para las personas que tienen casas, tienen vehículo. Pero yo no tenía esas cosas, entonces decidí venirme para acá.”*  
(B., entrevista personal, junio 2018)

Otras sin embargo también parten siendo solteras, siguiendo el imaginario cultural de la migración exitosa y las redes de contactos familiares heredada de parientes que migraron anteriormente. La historia de C. grafica claramente la “cultura migratoria” a la que hace referencia Cassanello (2014), al señalar que existe en las familias bolivianas una normalidad respecto de la idea de “salir a buscar una mejor vida”, ya sea en otros departamentos de Bolivia como en Argentina. La escasez de tierras<sup>8</sup> y los

<sup>8</sup> La reforma agraria de 1952, según datos del Instituto Nacional de Estadísticas (INE) de Bolivia, incorporó a más de 2 millones de campesinos a la economía. Ésta implicó, en un primer momento la liberación de una masa de campesinos que, al no tener que pagar obligaciones al terrateniente, podía moverse libremente por el territorio, retomando una tradición cultural migratoria de antaño (Hinojosa G. et al., 2000, p. 32). Una consecuencia tardía de la reforma agraria (a la que se enfrentan hijos/as y nietos/as de campesinos propietarios) es, por otro lado, la exacerbación del minifundio fruto de la división de las tierras a través de la herencia. Esto se traduce en una escasez de fuentes de trabajo y de tierras disponibles que motiva la migración de los miembros jóvenes del hogar.



bajos salarios en la ciudad, sumado al hecho de que la mayor parte de los jóvenes de la región migraran, impulsaron a C. a partir para “buscarse la vida”, en continuidad con la historia de su familia.

*“Yo pienso que [la migración] es tema de que somos muchos y no nos alcanza la tierra para trabajar, para vivir tantas familias. (...) Imaginate, mis tíos tenían ocho hijos, siete hijos, y ellos ninguno está ahora en Bolivia. Todos están acá en Abasto, en Varela, en Escobar, algunos están en Mendoza, en La Rioja. Todos en Argentina. Todos mis familiares están aquí en Argentina. Solamente mis tíos están allá, viejitos.”*

(C., entrevista personal, junio 2018)

C. siempre se ha movido por las provincias argentinas a través de contactos establecidos por redes de parentesco, que le permitieron conseguir trabajo y vivienda, ya sea en la agricultura o como costurera en la ciudad, donde trabajó por un período. En principio llegó a Tucumán, donde la esperaban un primo y una prima. Allí trabajó en la quinta durante unos meses, hasta que la fue a buscar su hermana, que vivía en La Plata. Pasó dos años trabajando con ella en la horticultura, en la zona de Olmos. Luego cuenta que se aburrió, y pasó una temporada trabajando en la costura, en Flores (Buenos Aires) con otras primas. Pero no le gustó, porque la paga no le alcanzaba para comer y pagar el alquiler, y además la zona era insegura, y regresó nuevamente a La Plata, a la quinta. Allí conoció a su actual marido. Se juntaron, viajaron a Bolivia, pero como no les fue bien con los trabajos que conseguían, decidieron volver a Argentina. Trabajaron en la cosecha de aceituna (La Rioja) y luego se trasladaron a Mendoza, donde pasaron dos temporadas. Allí C. se quedó embarazada, y debido a la estacionalidad del trabajo en esa zona, la pareja decidió regresar a La Plata, donde contaban con trabajo seguro todo el año y parientes más cercanos.

Muchos de estos vínculos formaban parte de las redes que había establecido su padre al ser trabajador golondrina durante décadas en Mendoza. Esta experiencia, también compartida por su hermana mayor, junto a la de muchas personas más de su comunidad que venían a “hacer plata a Argentina” constituían además un acervo de prácticas, hábitos, imaginarios y expectativas que hacían que para C. la migración internacional fuera un destino probable o “normal”.

*“Yo por... pensaba que capaz iba encontrar mejor vida. Como que Bolivia no podíamos comprarte cuando eras joven a gusto una ropa, o a gusto lo que vos querías, en el campo... Y eso yo pensé, como que alguien más anteriores que han venido han llegado más que... decían que en Argentina podían ganar plata, o más cambiada que llegaban así. Y yo pensé en eso también, y por eso tomé decisión. Y siempre nos decían mis papás “si quieren ir yo creo que van a ir porque acá no podemos dar lo máximo.”*

(C., entrevista personal, junio 2018)

No imaginaba, sin embargo, establecerse definitivamente en Argentina, sino que sus expectativas eran juntar dinero durante un tiempo para luego regresar a su país. Pero nunca pudo, hasta ahora, reunir lo suficiente para hacerlo. Mientras trabajó como empleada, la remuneración sólo le alcanzaba para cubrir sus gastos en una sociedad donde había muchas más cosas para consumir que las que conocía en





Bolivia. Cuando comenzó a trabajar por su cuenta, ya en pareja, con el dinero que juntan sólo pueden vivir y reinvertir en la producción, sin posibilidades tampoco para ahorrar. Otro de los factores que implica un cambio en su vida a partir de la migración, tiene que ver con nuevas pautas culturales tanto en términos de consumo (poder comprarse cosas a las que en Bolivia no accedía, por el hecho de vivir en el campo y no ser económicamente independiente), como en términos de acceso a infraestructura básica propia del proceso de urbanización más avanzado en Argentina.

“-[cuando vine] *Tenía el pensamiento que iba a ser rápido juntar plata y irse.*

-¿*Y qué pasó cuando llegaste?*

- *Y no, ya vimos que si dejas de trabajar que no... no es también que juntabas plata. Andar por ahí, gastar y esas cosas.*

- *Ah, había más cosas para gastar también.*

- *Sí, tenés platita para gastar, te comprás tus gustos... Pero ya después para ir a Bolivia a vivir ya no te daba, porque estabas más cómoda que allá ... A pesar de que vivíamos en una casita de madera, pero tenías para gastar, para comer, esas cosas.”*

(C., entrevista personal, junio 2018)

El análisis de las migraciones internacionales desde una perspectiva de género, es decir, analizando la experiencia de las mujeres migrantes y las relaciones entre varones y mujeres en el proceso migratorio, es relativamente reciente en la literatura especializada. Una de las tendencias se ha enfocado particularmente en la feminización de las migraciones y el hecho de que cada vez sean más mujeres quienes migran por su cuenta y encabezan el proyecto migratorio del grupo familiar (Oso & Parella, 2012). Esto se adapta principalmente a mujeres que salen de países periféricos para emplearse en el servicio doméstico en países más desarrollados, lo que ha dado lugar también al análisis de las cadenas globales de cuidado (Pérez Orozco, 2007). Mallimaci (2012), quien ha estudiado la migración de mujeres bolivianas hacia Argentina, hace una crítica que consideramos pertinente señalando que, al centrarse en las experiencias de las mujeres pioneras en la migración hacia Estados Unidos o hacia Europa, esta mirada es limitada para comprender las migraciones entre países latinoamericanos. La disminución en el índice de masculinidad de las migraciones (o el aumento en el número de mujeres migrantes) de los países limítrofes hacia Argentina, no nos está hablando necesariamente de una “feminización” de las migraciones latinoamericanas.

Mallimaci (2012) y Ataide (2019) señalan que para la movilidad de Bolivia hacia Argentina lo típico es que los varones sean pioneros en un proceso migratorio en el cual posteriormente se traslada la esposa, o toda la familia. Esto no implica, sin embargo, que las mujeres no tengan un proyecto propio en torno a la migración, ni que las relaciones de género no sean significativas para comprender el proyecto migratorio familiar. Por el contrario, la migración implica una conjunción de estrategias



ASOCIACIÓN ARGENTINA DE ESPECIALISTAS EN ESTUDIOS DEL TRABAJO

**CONGRESO NACIONAL DE ESTUDIOS DEL TRABAJO**

**LOS TRABAJADORES Y LAS TRABAJADORAS EN EL ESCENARIO ACTUAL.**

**Condiciones estructurales y alternativas frente a la crisis**

Buenos Aires, 7, 8 y 9 de Agosto de 2019

productivas y reproductivas que involucran a varones y mujeres de distinta manera y que permiten el asentamiento en el local de destino.

En nuestro trabajo de campo pudimos constatar que, si bien una forma muy extendida es la reagrupación familiar, las mujeres no siempre migran para reencontrarse con (o siguiendo a) su marido quien ya habría viajado previamente a la Argentina. Sino que encontramos una multiplicidad de casos posibles, como por ejemplo quienes viajaron por primera vez siguiendo expectativas y tradiciones familiares (como C.); o bien quienes fueron enviadas de jóvenes por sus padres y luego siguieron individualmente su trayecto; o inclusive quienes viajaron por primera vez a Argentina a la par de sus maridos. Esto no significa, sin embargo, que la migración (o la resignificación del proyecto migratorio, al decidir permanecer) no forme parte de una estrategia de consolidación familiar en el lugar de destino.

Siguiendo el caso de C., podemos ver cómo un proyecto que era inicialmente individual (aunque se da en el marco de un imaginario social respecto de la migración a la Argentina que es construido colectivamente), en el cual el principal objetivo era alcanzar la independencia económica, probando en distintos empleos y en distintas regiones de Argentina (sea Tucumán, La Plata, Buenos Aires, costura o agricultura) pero con expectativas de regresar a Bolivia, permanece y es compartido al ponerse en pareja. Todas las entrevistadas, y en general las mujeres que contactamos en el marco del MTE, se juntaron con hombres bolivianos (o hijos de bolivianos), dando continuidad a esta comunidad transnacional, mismo residiendo en Argentina.

Al ponerse en pareja, C. y su marido prueban suerte en Tarija, de donde es él, pero al no poder prosperar económicamente regresan a Argentina, en el mismo movimiento de intentar juntar dinero para posteriormente asentarse y formar una familia. La llegada del primer hijo implica un quiebre en este proyecto dado que limita las posibilidades de ahorrar, y conlleva asumir algunos cambios en el estilo de vida contemplando ciertas comodidades y planificación para la familia, que eran sacrificadas cuando sólo estaban ellos dos.

*“Nosotros todavía no estábamos planeados para tener familia. Ya íbamos veintiún años, y como que no estábamos tan seguros todavía de tener familia. Porque como estábamos andando por aquí, por allá, yo decía “¿y a dónde iremos ahora?” en Mendoza igual era que en verano te hacías platita, en invierno no. Porque invierno era muy costoso en Mendoza. Porque ya no daba verduras, solo había para plantar verdeo y ajo. Era difícil. Entonces nosotros pensábamos venirse de vuelta para este lado. Y qué íbamos a ser si con mi hijo más... y no pensaba todavía tenerlo. Y una vez que vino... ya está, y qué vamos a hacer, nos quedamos. Nos quedamos hasta que nazca el hijo, y otro año más trabajamos.”*

(C., entrevista personal, junio 2018)



Al año siguiente se mudaron a La Plata, donde viven y trabajan actualmente, en una quinta hortícola de la zona de Olmos, a medias con la tía de C., que es arrendataria. Su hijo mayor tiene 9 años, va a la escuela, y tienen otro recién nacido.

En el sentido de entender la migración como un proceso transnacional, vemos que existe una conexión permanente con el lugar de origen, ya sea a través del envío de remesas, viajes para visitar o cuidar de familiares que viven allá, o manteniendo las redes sociales al recibir y ayudar a nuevos/as migrantes. Varias de las entrevistadas, que llegaron a La Plata a través de redes familiares han sido posteriormente facilitadoras de que otros/as parientes pudieran insertarse en la horticultura, ofreciéndoles casa y trabajo.

Esta conexión también se expresa en un deseo siempre presente (aunque al pasar el tiempo, vemos que se va transformando más bien en una añoranza) de regresar a Bolivia, ya sea intentando juntar dinero para invertirlo allí, como el deseo de poder encontrar en su pueblo las posibilidades para prosperar que se encontraron en Argentina. Sin embargo, los pasos dados en la actividad hortícola, la posibilidad de acceder a la tierra (sea a través del arrendamiento o la mediería), los aprendizajes en el oficio de la horticultura, las inversiones realizadas y los vínculos establecidos van consolidando parejas (y hogares) que delinear trayectorias de familias migrantes cada vez más asentadas en el lugar de destino, y que con la llegada de hijos o hijas que ya son argentinas, vislumbran cada vez más lejano el retorno al lugar de origen. Otra de las entrevistadas señalaba:

*“Yo por mí me voy a Bolivia, pero mis hijas que estudian yo no puedo sacarlas de la escuela, ni tampoco quiero perjudicarles, no quiero que sea como yo, quiero que aprendan. No quiero que sea como yo, así, llegar hasta ese curso bajito y yo quiero que ellas salgan más adelante. Por eso. Y más que todo por el estudio de mis hijas, por eso me quedo.”*

(B., entrevista personal, junio 2018)

En la mayoría de los casos, y principalmente en los últimos años de profundización de la crisis económica y en la horticultura en particular, las familias se replantean la posibilidad de regresar a vivir a Bolivia, contemplando también la estabilidad económica sostenida en dicho país en ese período. Sin embargo, el hecho de que los hijos e hijas asistan a la escuela en Argentina y estén culturalmente integrados aquí, supone una de las principales razones para permanecer y seguir buscando prosperar en Argentina.

### **Conclusiones y aportes para los estudios de género y migración en la agricultura familiar**

Las economías campesinas en las que se criaron las mujeres entrevistadas, en un contexto boliviano de reformas estructurales neoliberales que empobrecieron a la población, con un mercado de trabajo informal y precario y escasez de tierras para cultivar, estuvieron atravesadas por distintas estrategias



que las familias debían desplegar para sobrevivir. Entre ellas, encontramos tanto la disposición de la fuerza de trabajo de todos los miembros del grupo familiar para la producción de alimentos para autoconsumo y venta de excedentes, como también la semi-proletarización de algunos de ellos como estrategia para tener menos bocas que alimentar y también generar ingresos extra al hogar. En esta organización familiar campesina las tareas productivas eran realizadas sin distinción de género y desde edades muy tempranas, pero no así las tareas domésticas y de cuidados que, asociadas a una naturalización de las funciones femeninas relativas a la maternidad, reproducían los principios de organización de la cultura patriarcal. Sin acceso a educación sexual ni métodos anticonceptivos, y frente a la necesidad de contar con más brazos para ayudar a trabajar, las madres de las mujeres entrevistadas tuvieron entre 4 y 10 hijos/as, destinando gran parte de su vida a la maternidad y la crianza. Por otro lado, observamos cómo esta organización familiar incorpora además valores que reproducen los estereotipos patriarcales de varón-proveedor y de mujer-cuidadora, incentivando a los hijos para que estudien y consigan “mejores trabajos”, mientras destina a las hijas al servicio doméstico y a aprender a ser buenas esposas para poder casarse lo antes posible.

En el análisis pudimos percibir que estos roles asociados a lo femenino y lo masculino, que se perpetúan de manera hegemónica hasta la actualidad (la inercia patriarcal), se han ido alimentando de distintas experiencias vitales a lo largo de la trayectoria de las entrevistadas. En primer lugar, la inserción laboral de las jóvenes campesinas en el servicio doméstico cama adentro, que aparece como un destino laboral típico y de fácil acceso para las mujeres pobres. Esta experiencia, que reproduce formas de contratación cercanas a la servidumbre, ejerce un control sobre el cuerpo y el tiempo de las jóvenes campesinas funcionando como disciplinamiento y entrenamiento para el posterior ejercicio del rol como madre y esposa-cuidadora. Al mismo tiempo, supone la adquisición de aptitudes para el trabajo como la flexibilidad, el aprendizaje de oficios y la capacidad de adaptación y de cambio, que entendemos representan estrategias de resistencia frente a la informalidad y la precariedad, y que las acompañan a lo largo de sus trayectorias laborales y en sus aspiraciones de movilidad social.

Esta aspiración alcanza una concreción material en el momento en el que deciden, solas o acompañadas, “probar suerte” en Argentina, migrando para trabajar allí y dando continuidad a viajes ya realizados previamente por parientes y personas conocidas, aunque sin mucha noción sobre a dónde se iría a trabajar o de qué. Encontramos que este proyecto migratorio, que no se pensaba en un principio como definitivo, va adquiriendo cierta permanencia en la medida en que se conforma una familia propia en el lugar de destino. Y si bien las mujeres no siempre migran en calidad de esposas, el hecho de tener hijos o hijas criadas y educadas en Argentina es un factor determinante a la hora de



ASOCIACIÓN ARGENTINA DE ESPECIALISTAS EN ESTUDIOS DEL TRABAJO

**CONGRESO NACIONAL DE ESTUDIOS DEL TRABAJO**

**LOS TRABAJADORES Y LAS TRABAJADORAS EN EL ESCENARIO ACTUAL.**

**Condiciones estructurales y alternativas frente a la crisis**

Buenos Aires, 7, 8 y 9 de Agosto de 2019

decidir quedarse o regresar. Así, el proyecto migratorio se concreta en el marco de una comunidad transnacional que se ha consolidado desde hace varias décadas como motor productivo del sector hortícola en Argentina, ocupando un mercado de trabajo étnicamente segmentado. La alta demanda de mano de obra de la horticultura intensiva, y la forma en que las familias bolivianas se han ido insertando en la actividad, generando múltiples unidades productivas de pequeña escala, ha determinado que se trate de una actividad agrícola fundamentalmente familiar, reproduciendo en buena medida las formas de organización y división sexual del trabajo de las economías campesinas de origen.

Sin embargo, existe una diferencia significativa entre la economía campesina de subsistencia y la producción hortícola intensiva, basada en que en esta última las familias tienen una perspectiva de movilidad social que acentúa la (auto)explotación. La producción no se realiza sólo por la supervivencia sino por el deseo de acumulación y de prosperar, que fue iniciado en el momento de la migración y que además forma parte de un imaginario común de ascenso social. En este sentido, si bien las prácticas cotidianas al interior del hogar son similares, dado que la cultura patriarcal se asienta y justifica a través de tradiciones y hábitos que “siempre fueron así”, -por lo tanto el rol de la mujer, madre y esposa, cuidadora, se perpetúa sin muchas alteraciones en ambos contextos-, los circuitos de acumulación que se alimentan de este trabajo no remunerado son diferentes.

Consideramos que uno de los principales aportes de este trabajo consiste entonces en identificar las persistencias en las desigualdades de género a lo largo de las trayectorias de las horticultoras bolivianas, señalando cómo estos roles son transmitidos de generación en generación a través de la organización del grupo familiar. Por otro lado, las condiciones de pobreza y precariedad llevan a que el servicio doméstico -nicho laboral feminizado por excelencia- sea uno de los principales destinos posibles de las jóvenes campesinas para alcanzar la independencia económica, reforzando los roles estereotipados. Asimismo, las redes de la comunidad boliviana en Argentina permiten la migración internacional e inserción en la horticultura -nicho laboral étnicamente segmentado-, donde las mujeres experimentan una doble jornada laboral, como productoras y amas de casa, madres, cuidadoras. Uno de los desafíos que se desprenden de estos hallazgos consiste entonces en analizar, desde una perspectiva de género, las formas de organización del trabajo al interior de la familia hortícola, para desgranar y visibilizar el aporte realizado por las mujeres bajo la lógica de producción en la agricultura familiar.



### **Bibliografía consultada**

- Ambort, M. E. (2019). *Género, trabajo y migración en la agricultura familiar. Análisis de las trayectorias familiares, laborales y migratorias de mujeres agricultoras en el cinturón hortícola de La Plata (1990-2019)*. FLACSO.
- Andrada, N. F. (2018). *Análisis de los conflictos territoriales asociados a la percepción de la producción hortícola bajo cubierta por parte de los actores sociales en el periurbano platense*. Universidad Nacional de La Plata.
- Ataide, S. (2015). *Trayectorias, redes migratorias y procesos identitarios, en la conformación del mercado de trabajo agrícola destinado a bolivianos. Estudio en dos municipios del este salteño (1960- 2013)*. FLACSO.
- Ataide, S. (2019). Género y migraciones. Un estudio sobre mujeres migrantes tarijeñas en torno al mercado de trabajo hortícola de Apolinario Saravia en la provincia de Salta. *Mundo Agrario*, 20(43).
- Benencia, R. (2005). Migración limítrofe y mercado de trabajo rural en la Argentina. Estrategias de familias bolivianas en la conformación de comunidades transnacionales. *Revista Latinoamericana de Estudios Del Trabajo*, 10(17), 5–30.
- Benencia, R., & Quaranta, G. (2006). Mercados de trabajo y economías de enclave. La -escalera boliviana-en la actualidad. *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 20(60), 413–431.
- Bertaux, D. (1981). El enfoque biográfico: su validez metodológica, sus potencialidades. *Proposiciones*, 29(Morin 1980), 1–23.
- Biaggi, C., Canevari, C., & Tasso, A. (2007). *Mujeres que trabajan la tierra: un estudio sobre las mujeres rurales en la Argentina*. Buenos Aires: Serie Estudios e Investigaciones 11, Secretaría de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentos, Dirección de Desarrollo Agropecuario, PROINDER.
- Bocero, S., & Di Bona, A. (2013). Mujeres asalariadas en el cinturón frutihortícola marplatense. Trabajo, trabajadoras y hogares. *Huellas*, 17.
- Cassanello, C. A. (2014). *Historia reciente de los inmigrantes bolivianos en la Argentina, 1970-2000 Trayectorias migrantes, redes sociales y transnacionalidad*. Universidad Nacional de Quilmes.
- Ciarallo, A., & Trpin, V. (2015). Familias migrantes hortícolas en el Valle Medio del río Negro. Cruces identitarios en las experiencias de vida y de trabajo. In I. Barelli & P. Dreidemie (Eds.), *Migraciones en la Patagonia: subjetividad, diversidad y territorialización* (pp. 71–87). Viedma: Universidad Nacional de Río Negro.
- Da Silva, J. G., Gómez, S., & Castañeda, R. (2010). Boom agrícola y persistencia de la pobreza rural



- en América Latina. Algunas reflexiones. *Revista Austral de Ciencias Sociales*, 18, 5–20.
- Fernández, L. (2018). La Exclusión Social de los Agricultores Familiares de La Plata. Un análisis del período 2005-2018. *Pilquen*, 21(2), 106–123.
- Fortunato, N. (2015). *Prácticas y representaciones sobre el uso de plaguicidas. Un crisol de razones en el cinturón hortícola platense*. Universidad Nacional de La Pata.
- García, M. (2011). Proceso de acumulación de capital en campesinos. El caso de los horticultores bolivianos de Buenos Aires (Argentina). *Cuadernos de Desarrollo Rural*, 8(66), 47–70.
- García, M. (2015). Horticultura de La Plata (Buenos Aires). Modelo productivo irracionalmente exitoso. *Revista de La Facultad de Agronomía*, 114(Esp. 1), 190–201.
- García, M., & Lemmi, S. (2011). Territorios pensados, territorios migrados. Una historia de la formación del territorio hortícola platense. *Párrafos Geográficos*, 10(1), 245–274.
- Glick Schiller, N., Basch, L., & Blanc-Szanton, C. (1992). Transnationalism: A New Analytic Framework for Understanding Migration. *Annals of the New York Academy of Sciences*, 645(1), 1–24.
- Gregorio Gil, C. (2012). Tensiones conceptuales en la relación entre género y migraciones. Reflexiones desde la etnografía y la crítica feminista. *Papers*, 97(3), 569–590.
- Hinojosa G., A., Pérez C., L., & Cortez F., G. (2000). *Idas y venidas. Campesinos tarijeños en el norte argentino*. La Paz: FUNDACIÓN PIEB.
- Insaurralde, N., & Lemmi, S. (2018). Cuerpos productivos, cuerpos reproductivos. El caso de las mujeres productoras de hortalizas del Gran La Plata (2017). In F. González Maraschio & F. Villarreal (Eds.), *LA AGRICULTURA FAMILIAR ENTRE LO RURAL Y LO URBANO*. UDUNLu.
- Instituto Nacional de Estadística. (2015). *Censo de Población y Vivienda 2012 - Bolivia - Características de la población*. La Paz.
- Magliano, M. J. (2007). Migración de mujeres bolivianas hacia Argentina: cambios y continuidades en las relaciones de género. *Amérique Latine Histoire et Mémoire*, 14, 41–62.
- Magliano, M. J. (2009). Migración, género y desigualdad social. La migración de mujeres bolivianas hacia Argentina. *Revista Estudios Feministas*, 17(2), 349–367.
- Mallimaci, A. I. (2012). Revisitando la relación entre géneros y migraciones. Resultados de una investigación en Argentina. *Mora (Buenos Aires)*, 18(2), 151–166.
- Miranda, M. (2017). *Superficie de cultivo bajo cubierta en el Gran La Plata, análisis espacial con Sistemas de Información Geográfica- SIG. 1º Encuentro de Periurbanos e Interfases Críticas*.



ASOCIACIÓN ARGENTINA DE ESPECIALISTAS EN ESTUDIOS DEL TRABAJO

**CONGRESO NACIONAL DE ESTUDIOS DEL TRABAJO**

**LOS TRABAJADORES Y LAS TRABAJADORAS EN EL ESCENARIO ACTUAL.  
Condiciones estructurales y alternativas frente a la crisis**

Buenos Aires, 7, 8 y 9 de Agosto de 2019

Córdoba: INTA.

- Muñiz Terra, L. (2012). Carreras y trayectorias laborales: una revisión crítica de las principales aproximaciones teórico-metodológicas para su abordaje. *Revista Latinoamericana de Metodología de La Ciencias Sociales*, 2(1), 36–65.
- Oso, L., & Parella, S. (2012). Inmigración, género y mercado de trabajo: una panorámica de la investigación sobre la inserción laboral de las mujeres inmigrantes en España. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 30(1), 11–44.
- Pérez Orozco, A. (2007). *Cadenas globales de cuidado. Serie Género, Migración y Desarrollo. Documento de trabajo 2*. Santo Domingo, República Dominicana: Instituto Internacional de Investigaciones y Capacitación de las Naciones Unidas para la Promoción de la Mujer (UN-INSTRAW).
- Portes, A. (2001). Debates y significación del transnacionalismo de los inmigrantes. *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, (49).
- Reygadas, L. (2004). Las redes de la desigualdad: un enfoque multidimensional. *Política y Cultura*, 7–25.
- Trpin, V., & Bouchoud, S. (2014). Mujeres migrantes en producciones agrarias de Río Negro: aportes para abordar la interseccionalidad en las desigualdades. *Párrafos Geográficos*, 13(2), 108–126.
- Vasilachis de Giardino, I. (1992). *Métodos cualitativos I. Los problemas teórico-epistemológicos*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.